

CARNE INTERIOR

ALFONSO VALLEJO

P O E S Í A



© Alfonso Vallejo
ISBN: 84-7683-274-5
Depósito legal: M-3852-1994

Diseño y maquetación: Francisco Ortiz Cuadrado

www.novtiz.es
e-mail: comercial@novtiz.es

Carne Interior

Alfonso Vallejo

La tierra en alfileres
comida de lobos.
El arroz y la niebla
suelos, ácidos, imparables,
rompiendo la sangre, volviéndolo todo guerra,
matando,
como un líquido bisturí yugoslavo.

El sol pinchado en las estacas,
el tiempo hacia atrás,
girando en sentido inverso hacia la nada.
Y el gato lunar, verde, violeta y negro,
empujando la noche en Bosnia
fuera de la luz.

Un carro de locura surge por la esquina.
Le sigue otro carro
poblado de vacío.
¿Ha llegado el fin?

Nace en la memoria, a través del cristal,
la clave articular de una conciencia humana,
proteica, genética y replicada,
de una vida hacia delante, limpia y molecular.

Oscilan las hojas. Se inclina el viento,
un aire suave de sodio y electrones,
de membranas intactas,
circuitos indemnes,
esperanza
y razón.

Eres eslabón de Amberes
vela muy blanca y cielo azul.

Suenan tus pasos a verde,
saben a carne,
huelen a luz.

Tu recuerdo primero es blanco
luego profundo
verde y azul.

Si pienso en ti con los dientes, rojo el paladar de meníngeo
deseo,
una larga inspiración recorre las esquinas,
salta las páginas, despierta la metafísica memoria
de los parques de Berlín.

Allá, en la más arcaica estratosfera
nació nuestro tiempo,
rápido, inmediato, explosivo
como una gran inspiración.
Apareció súbitamente, así, de golpe,
por la repentina transformación de un segundo
en energía desbordada.
Llevaba ya las turbulencias de la radical soledad
y el desamparo,
la presencia ya del humo,
la supervivencia de la bacteria y el electrón.
Eres eslabón de Amberes
veía muy blanca
y cielo azul.
Cruza una barca,
rasga la vista
luego más luz.

Es así como vino,
con su estratosfera de barro, sangrando.
tronchados los brazos en azul.

Y tuvo que volver a descubrir la oceánica inclinación
la incierta gravedad,
el límite de su propio ser,
su álgida realidad
y el peso de su vida.

Hubo de girar la mirada hacia sí,
hacia su oscuridad interna,
su nada, su túnel más hueco,
y elemental vacío.
Hubo de agarrarlo a ciegas,
bajar el horizonte a la altura de los ojos
y mirar sin ver.

Un paso. Un instante. Un rayo de sol.
Salta de pronto un fotón, luce la memoria,
verde como una manzana verde,
grande como una diminuta ciudad de calcio
con sus ángulos y carbónica realidad.
Aparece una idea, surge un recuerdo,
se mueve una fascia, crece en la retina
un inmenso color que huele a vida
roja como una manzana roja,
blanca como una oscuridad muy blanca,
azul
como un hombre destrozado.

Entonces,
se repite la luz.

La mañana larvada,
la presencia velada
de la luz
penetrando la mente,
volviéndose interpretación.

La tarde disuelta,
la mañana encubierta
por el sol,
tornándose gráfica retina,
rodopsina y receptor.

Y la eterna Australia
que tanto brotaba del color,
el pato sin alas, golpeando el cristal,
la imaginación, el silencio y el gozo,
la pasión detrás de los espejos rotos
golpeando el cerebro,
transformándose en alta palabra,
ruido irracional de semántica trayectoria
con sináptica precisión.

Brisa de la Fuenfría,
soledad azul,
presencia de la luna
hazte concepto. Vuélvete significado.
Sal de ti. Vuela.
Hacia las más altas capas
de la más eléctrica memoria.
Un hombre interpreta solitario el universo,
Pues que gire el mundo entonces
y tú
sé.

De noche
cuando reinan los planetas
un ingrátido sol
revienta en la memoria.
Ha llegado la oscuridad de puntillas
desde el universo entero
para instalarse aquí,
un Domingo doce de Julio
en Perales, ante mí.
La observo clínicamente
y no la veo.
La intento tocar
y se me escapa.
A lo lejos
un filosófico perro ladra
al inexistente vacío.
Una nube de insectos verdes
rasga las cortinas internas
de la infrarroja visión.
Siento como millones de galaxias
se precipitan con eléctrico vértigo
dentro de mí.

Pero no grito.

Las plantas redondas negras, el aire negro,
sibilino y azul, la tierra negra y estelar
no contestan.
Contemplan impasibles mi carbónico terror
de hombre nocturno.
El infinito, velocísimo,
me aplasta matemáticamente,
arrastra las ecuaciones, corta los cabos
de una frágil e incierta ciencia
sin forma ni sexo, sin filo,
sin gatillo.

Cierro los ojos. Me toco. Me palpo y siento.
Me sacudo y redesperto.
Soy yo. Soy mi yo vivo,
el dueño del mundo que me represento.
Me puedo contar el universo de mil formas y colores
con múltiples comprensiones y sentidos.
Soy él y lo llevo en mí.
Por eso sin comprenderlo
ya lo tengo comprendido.

Es Lunes y ya amanece.
Hace luz. Huele a café. Mi perro sonríe y dice:
Ya sé lo que te pasa, Vallejo.
Eres tú
y estás vivo.

Un hombre impasible
observaba el destino
sentado en un tronco.

Un reloj tensado en un árbol
detenía el tiempo.
Un instante parado, aislado,
separado de sí.
El campo ordenado, amarillo y pardo, atento,
con el agua despierta, sonora y sujeta,
las plantas alerta, la tierra dispuesta,
en íntima concentración.

Un hombre impasible
contemplaba su vida
por última vez.

Un espacio sin volumen
ocupado por sí mismo,
se volvía memoria circular
recordando el futuro.
El viento transcurrido
soplaba de nuevo
en la verde inteligencia del jardín.

Sus ojos eran grises.
Su alma extensa y sabia
como un territorio abierto y vivo
sin puntas ni estacas,
casi sin mirada.

Un reloj tensado en un árbol
marcaba el paso de la luz.

Y la luz era libre
lanzada a sí misma,
tenaz, limpia, electromagnética y alta,
por fin humana,
definitivamente humana.

Por fin toda la luz.

Este extraño ser que se encuentra junto a mí
sentado en el banco
soy yo.

Mi yo aquí y ahora,
orgánico y cierto,
mi realidad real, metafísica y carnal,
mi voz agarrándose ardiendo
a este trozo de papel.

Él se cree intérprete privilegiado
de mi vida.

Piensa que tiene que darle un sentido,
minuto a minuto, pensándola,
viviéndola a bocados,
escribiéndola con la precisión
de un quirúrgico bisturí.

Y o , que no soy él, irracional y animal,
reduzco el definitivo paso a la colmena,
al furor de la miel temporal,
a las líneas abiertas
gritando
jeroglíficamente por mí.
Invento el universo donde vivo, lo distorsiono
y calibro según la subenergía más ultralenta
del color y la emoción.

Perplejos en uno,
miramos ambos nuestro alrededor.
Cruzan las estrellas y la luna,
explota el espacio, fluye el movimiento,
rojo, feroz casi eterno. Todo oscila
y se precipita, confuso y vertiginoso
inaprensible y eterno.

Y de pronto llega otro al banco
y dice que también soy yo.

Se quiere sentar y se sienta,
con lo cual me caigo yo.
Dice que es mi conciencia,
que en ella me persisto yo.
Después otro y más otros
hasta la exasperación.

Conclusión:

ni en el parque le dejan a uno en paz.

Una hormiga cruza una piedra.
Un ojo negro la sigue en su trayecto,
milímetro a milímetro
hasta desaparecer.

Detrás
sólo queda su imagen recordada,
su trayecto negro, punto a punto,
en la memoria, archivado.

Un taray al lado se despereza inmóvil
en su isla de Morata, hacia lo alto.
Una retina imparcial, blanca y verde,
lo graba de golpe, lo fija, lo amasa
con los altos colores de Agosto
y las mas frondosas junglas de la imaginación.

Muy cerca, como en un cuento, una olla a borbotones
habla un extraño dialecto
de palabras que saben a carne
y frases que huelen a sal.
Su lenguaje lo descifra una vieja imperturbable.
Reconoce por el ruido
la sintaxis de la col.

Todo late y se transmite,
todo respira y perdura,
todo vive y es vivido.

Cierro los ojos. Cuento mis dedos uno a uno,
mis células e ilusiones, sabiéndome
pasajero solitario de este instante,
único receptor.

Estoy aquí. Ahora. Soy éste, aquí,
intérprete de mi vida, narrador
de sus emociones.

Pues ya que puedo dar fe de mi mundo,
y extraer sus conclusiones,
tú, perro lobo de Morata, canino filósofo
que contemplas los olores de viejas estepas perdidas;
respira hacia mí, hazme yo refiriéndote,
exísteme
permaneciendo aquí,
convertido tu aliento en letra
hasta el final de los tiempos.

Si mi conciencia de ser vivo fuera
conciencia eléctrica,
bioquímica y reticular,

si mi mente, sináptica y molecular,
fuera asociación y proceso, biología en movimiento,
y estructura cerebral

si mi vida en fin
fuera tan sólo carbono,
potasio, calcio y magnesio,
tan sólo zumo de estrellas,
polvo de rayo animal
o simplemente repetición fortuita
de un ácido fundamental,

diría que el mundo esperaba ser pensado,
para por fin existir,

para hacerse mundo humano,
inteligente y sobrenatural,

para volverse después a escapar muy alto
hacia un tiempo más lejano,
un espacio más allá,
una superficie móvil,
más insegura e incierta menos humana,
más... esencial.

En la Unidad del Dolor
aprendí el daño,
y en la de Quemados
el fuego.
En Intensivos
lo intenso del sufrimiento,
y en las salas lo que son carencias,
alas rotas, sentidos evaporados,
batallas perdidas
marcadas a fuego en la carne.

Lo aprendí
viendo cabezas rotas
y órganos desestructurados,
sistemas que dejan de ser sistemas,
funciones sin función, desastres con nombre,
ruina sin apelativos, ruina humana tangible,
seres humanos vestidos con pijama de hombre,
como único uniforme ante el combate
del horror y la razón,
la vida y la muerte.

Lo aprendí
viendo a seres enfermos
colgando de alambres invisibles
muy cerca del vacío
y la desaparición,
librando batalla en el mismo territorio
de su propio cuerpo.
Y así también,
día a día, año tras año,
en este brutal frente blanco
aprendí, latido a latido,
la gigantesca dimensión de la vida
y la esperanza.

Me miraba fijamente
y de pronto preguntó:
¿Qué me hace ser yo,
sentirme uno, sólo uno
y no dos?
¿La conciencia? Y si es la conciencia...
¿Por qué es única y no múltiple?
Y si soy yo mismo quien se reconoce
¿por qué uno y no dos?

instintivamente busqué luz en la ventana.
Un álamo cercano oscilaba indolente y ajeno.
La pizarra callaba.
Consideraba las preguntas y la tiza
un artificio racional
muy propio de los humanos.
Desde dentro llamé a Vivaldi
en busca de inspiración.
Pero Vivaldi también calló.

¿Qué me hace dolerme
cuando a mí me duele,
ser uno para hablar
incluso cuando callo,
uno para vivir
cuando es múltiple mi vida,
múltiples mis recuerdos y pesares,
múltiples mis alegrías?
Un barco a lo lejos cruzaba un sol latino
de parte a parte.
Su histórica chimenea imaginada
cubría de humo el horizonte
como en un dibujo infantil.
La materia giraba y permanecía quieta.

Cerré los ojos y él cerró los ojos.
Le di la vuelta al espejo,
abrí la puerta y salí.

Y de pronto, sin pensar,
por un instante, como un animal
súbitamente,
tuve la sensación
de haber comprendido el universo.

Sé tú hasta serte
con jugos y raíces.
Vive hasta vivirte
en acto y de verdad,
hasta que nada de lo tuyo
quede sin ser vivido.

Lo importante es ser y vivir.

Si te estorba la palabra
rómpera
e inventa una palabra nueva
o calla hacia fuera
con las mandíbulas,
mordiéndola.

Si se detiene bruscamente la luz
y pesa el tiempo
como un vacío de plomo, vive,
como sea, a la carda, a la bimba, a la jungla,
adjetivamente,
con la energía de las sombras más múltiples y maduras,
eléctricamente;
sé tú.

Húndete en ti,
bucéate.
Incrústate en tus grietas,
hazlas verdad, celébralas,
a la bruta y a la goza, al galope,
con todo el viento de tu camisa abierto.
Hasta el límite de tus fronteras internas

invéntate.
Suéñate.
Sé tú, definitivo y completo,
al mil por cien,
hasta desear.

Seis de octubre,
luna agosto, tierra azul, silba el tiempo
rompiendo en múltiples planos la realidad.

Una radio cercana habla por un lado
de guerra y muerte,
del hambre como noticia,
del dolor humano como exquisita información.
Una gota maligna se detiene.
Parece, suspendida, marcar el fin.
Un diabólico escalofrío recorre las estrellas.

Una anciana sin embargo
mide ensimismada la humedad de su rosal,
disfruta el espesor de su jardín por dentro,
en paz,
y en íntimo gozo, dueña de todo su espacio,
con todos los hilos de su vida
sabiamente resumidos en la mano,
riega mentalmente un jarrón inmutable,
real y serena,
dando a cada minuto de su vida
su propia significación.

Seis de octubre del noventauno.
Cruza el cielo una intuición
de materia cósmica inadvertida,
protónicamente,
girando gases en vacío
de altísima velocidad.
Un infinito silencio infiltra la oscuridad,
astronómicamente,
con el peso infinito
de infinitos planos y evidencias.

Son las doce y veinticuatro.
Siete de octubre en Perales.

Hay que seguir.

Deja que te estallen las flores,
que te cierren el cielo,
y te crezcan brutales espinas
en el centro de tu más hondo dolor.

No importa.

Que te rompan en mil trozos
tus más exquisitas palabras
y repitan medievalmente las esquinas
con el ruido de sus goznes
todas tus sombras y horrores.

Es igual.

Deja que venga a la línea del sueño
la eterna calma
de la muerte,
si es que tiene que venir.
Que te hundan Abisinia
y te roten Londres
por encima de París.

Si tienes un punto dentro, tuyo,
rojo como un enorme sol rojo,
concéntrico y humano,
firme como un acero,
certero y caliente
como un alma,
si lo has encontrado
y te has vivido,
si has sido tú
casi por encima de ti

entonces
es igual,
no importa.

El agua suspendida,
centrada en sí, ausente,
hipnotizada.

La madera inmóvil,
sujeta a la resina,
atenta a su estructura,
sorprendida.

Y el líquido silencio,
atónito,
infiltrando el campo
con exquisita velocidad.

Todo se detuvo.

Un hombre
bajo el ala del sombrero,
observaba el mundo,
transformándolo en sensaciones e ideas,
álgebra verbal
y arquitectura de significados.

El universo mismo,
cogido de improviso,
se sobrecogió.
Un hombre inmóvil
al cuestionarlo
le daba un sentido y lo hacía
por fin
existir.

La rama enramada,
cuajada,
aislada en su sentido.

Y el canto rodado,
la maroma parada,
olvidada en la arena.

Existía la materia
herméticamente cerrada
sobre sí,
casi energía,
palpable y solar.

Y la vida también
cruzando de la nada al ser
con imparable diseño, molecular y visible,
real, imponente y cierta.

Un enigmático plan sin plan
dirigía el desorden y el caos,
la incertidumbre y el miedo.
Un caótico orden sin orden
controlaba un mágico proceso
de nacimiento y destrucción.

Un perro coloquial
respiraba el calor y me miraba.
Desde el ser no se comprende el no ser,
me dijo.
Sólo tú te piensas como te piensas;
desde la vida sólo se entiende la vida,
me dijo.
Sólo te entiendes a ti.
No seas «merluzo». Diviértete y baila el mambo.
Después levantó la pata y firmó.

Quedé perplejo y asustado
porque yo tampoco me comprendía a mí.
Ni al universo ni a mí,
aunque sí comprendía el lenguaje de los perros.

Pensé largamente
y por si era el diablo

seguí rezando.

Una extraña combinación de agua y luz,
plantas y bacterias.
La velocidad de la espuma
y la furia del rayo
sobre el oxígeno bacteriano
en formación.

Y la celeridad del carbono,
metánico y molecular,
discurriendo azul
hacia orgánicos compuestos.

También la acerada impasibilidad del nitrógeno,
en su más venenosa esencia,
la arquitectura proteica,
los azúcares más vidriosos,
los ácidos reduplicadores también.

Como una exquisita manifestación
del infinito caos,
la vida pasó del polvo estelar
a la célula, al organismo y al ser,
después a la acción y a la carnicería,
a la idea, a la emoción
y al proyecto,

se convirtió en futuro,
en tiempo humano
por resolver.

El tiempo que yo conozco
es mi duración interna.
Mi tiempo soy yo,
el fluir de mi conciencia.

Mí memoria marca el tiempo,
mi corazón la cadencia,
el ritmo lo dan mis pulsos,
mis cicatrices las fechas.

Lo que fui antes
lo fui yo,
lo fue mi carne al galope,
en estado de emergencia,
lo fueron mis ojos y mis riñones,
mis segundos y latidos,
mis recuerdos y mis cejas.

Mi tiempo lo hice yo
como un gusano,
arrastrándome por los días,
como pude,
agarrándome a las horas,
una a una,
trepando por mí,
subiéndome.
Mis calendarios han quedado plagados
de todos los gozos y dolores
que me han constituido.
No tengo más medida
que el nacimiento y la destrucción
de mis células.

Mi tiempo soy yo
porque he sido yo quien lo ha hecho.
Ha sido mío y de los míos.

Algo propio e irrepetible,

Y en consecuencia,
si muero,
conmigo desaparece
y conmigo muere

mi tiempo.

De la tierra sabemos poco y menos del universo,
no sabemos qué es la vida
y el mundo lo desconocemos,

decía un viejo para sí
hablando con el silencio.

En este primer instante
de nuestra historia en el tiempo,
sin haber casi nacido
parece que ya hemos muerto.

Un perro colateral,
vagabundo y pensador,
observaba filosóficamente
este silencioso debate.
El campo callaba
imitando a las estrellas.

Por un instante
el infinito se apiadó
de este vertebrado pensante
y soltó un meteorito,
rojo, blanco y amarillo
como una gran pregunta eléctrica
desde el más allá.

La noche se iluminó por un instante.
Después siguió el silencio.
El perro alargó el hocico,
y quiso morder la luna.
El viejo siguió meditando,
mirando al cielo.

Sin saber por qué
sentía una inmensa paz
y un inmenso miedo
al mismo tiempo.

Amar a manos llenas,
a dos corazones
y cien bocas.

A mil latidos por segundo,
con altísima velocidad
y furiosa lentitud,

amar
para comprender el universo.

Ir así, por las ranuras del dolor
como un álgido felino
enamorado,

circular así, por el lomo de la realidad
en el filo de las ideas,
casi sin comprender,
amando.

Incorporarse así al giro mismo de la materia y la vida
resonar internamente con el calcio de las olas y el carbono de
los bosques,
rotar con la luz, pensar,

amar,
a cien corazones
y a mil manos llenas...

amar
amar.

La gota cayó
y detuvo el tiempo.
Resbaló siguiendo
su lenguaje interior,
su propia caída.
Y se detuvo el tiempo.

Yo buscaba para ser yo,
más allá de mí,
y así trascenderme,
un lenguaje sin hacer,
construyéndose a sí mismo.

Llamé hacia dentro
pero nadie contestó.
Un tronco roto, sin corteza
hablaba para sí en silencio.

El campo le comprendía
y callaba sin dificultad.

Otra gota cayó,
instantánea, real, líquida y existente.
También detuvo el tiempo.
Lo fijó para siempre,
centésima a centésima,
sobre la misma hoja de papel.
Lo volvió irrepitable,
fugaz y eterno,
en la Plaza de la Hora.
Pastrana también paró.

Quise escribir algo,
aunque fuera sin palabras,
a golpes o silbidos, como fuera,
para poder decir algo
de lo que pasaba allí.

Pero hasta la tinta se me negó.

Se movió una rama,
pasó un lagarto,
giró un reloj.

Después cayó otra gota, y otra,
y otra,
todas imparables, completas,
exactas y definitivas.

No lo volví a intentar.
También callé
mientras observaba cómo la hoja
empapada
deshacía su silencio entre mis manos.

Pasa un caballo bajo un farol,
se detiene y observa el mundo
caballaramente
en su totalidad.
No sabe si la tierra es redonda
pero no se lo pregunta.
No está seguro de comprender la vida
como un buen caballo
dignamente,
pero siente ganas de gritar
porque tiene miedo.
Le pregunto si cree en Dios
y me responde que sí, pero
que también cree en otras muchas cosas
como la vida y la paja,
las yeguas y las estrellas.

El mundo es tan complejo, Vallejo,
me dice en perfecto castellano
arrugando el entrecejo,
que se le ha ido a Dios de las manos,
y no sabe desde hace tiempo
qué puede hacer ya con él,
siempre, claro está, desde un punto de vista
puramente equino.

Después mira a la luna
y al universo en su negrura,
bajo la luz de un farol.
Yo sí creo en Dios, Vallejo,
pero dime, viejo,
¿tú crees que Dios cree en mí?
me pregunta ahora en francés
con algún acentillo gascón.

¡No! me dice airado
esta vez en alemán.

¡Dios no necesita creer
ni en jamelgos ni en humanos,
porque Dios ni no cree ni cree
siendo que no es y es
a la vez y al mismo tiempo !;
¡Adiós, conejo, viejo Vallejo,
me voy
no te quiero ver perplejo !

¡Espera, caballo, le dije angustiado,
no te vayas todavía
dime al menos dónde estudias
tanta lengua y teología!

No respondió. Se puso la sombra en su sitio,
repasó metódicamente una a una sus creencias,
apagó la luna
y salió.

Cae la tarde a mi alrededor.
Me ajusto los ojos de ver,
conecto los cables internos,
abro la ventana
y miro.

Los pájaros en la enramada
son técnica aérea;
los árboles rojos,
carbónica técnica al trasluz;
técnica molecular
los impulsos de la vida y las estrellas.

Me detengo ante mí, extrañado
de ser yo mismo,
de pensar si quiero pensar,
de estar vivo
y ser yo mi propio sentido.

Recapacito ante el cristal
con mis vértebras más sensibles dobladas
y el alma bioquímicamente desplegada
en el cerebro.

Soy sistema. Reacción celular,
en cadena,
enzima y ciclo,
técnica viva,
mí realidad y mí existencia.
El placer y el dolor
también son técnica neuronal,
potenciales los sonidos y colores,
técnica de hormonas y electrones
la lujuria y la pasión.

Por eso, si me arranco un trozo de mí
para curarme
y lo dispongo ante ti, lector,
como un sangriento libro,
ábrelo con guantes,
como un cirujano mayor
de técnica exquisita.

Mira conmigo la tarde.
Sujeta el tiempo y detente.
Escucha bien la presencia del aire
la enramada candal,
los pájaros y las cortezas;
hazte tú, como una descarga eléctrica,
síguete sin miedo
hasta el fondo de ti mismo,
descubre tu propia técnica

y sé.

Luna arqueal, confuso entramado
silbo aparente,
ven.

Masivamente,
por el filo de esta realidad transfigurada,
sonoramente ven,
con el ruido de la palabra clavada,
la velocidad del látigo
y la más vertiginosa luz.

Del estallido interno
a la punta de lanza mental
más hermética e incomprensible
te llamo,
sentido ulterior,
como puedo,
con dientes y quejidos.

Se me sale el alma medieval
del pecho,
se me rompen de ti
los impulsos dentro,
se me ahogan en los dedos y palabras,
y me saltan a pedazos
en la tinta,
fuera,
incoherentemente, a la rotación llena,
al fragor de la alegría,
como sea,

urgentemente, te digo

ven.

Me miró fijamente
y vi su pensamiento hasta la retina
de sus ojos negros.
Una inmensa noche estrellada
colgada de un insondable universo
sin explicación
nos rodeaba.

«Yo sí tengo explicación, dijo.
Pero estoy atrapado en ella,
por su misma naturaleza carbónica
y cerebral.
Tengo una explicación tan lógica
y razonada
como mi misma razón;
tan sináptica y neuronal
como yo mismo lo soy.»
Dijo.

«La inteligencia del litio,
de los gérmenes anaerobios
o de otras mentes con otros niveles
de incertidumbre y velocidad
sería otra, quizás.» Dijo.

«Una razón de monos superiores,
una razón cortical
no explica todo, quizás,
y no es más que un punto de luz,
humano y transitorio
del infinito verdad.» Dijo.

Cerró los ojos y ya no le pude escuchar.
Después siguió por la calle abajo,
haciendo resonar sus cascos,
hundiéndose en la oscuridad.

El tiempo concluyó,
casi concluyó,
estuvo casi a punto de volverse eterno.

La casa se desplomó
y arrastró al tejado.
El tejado tiró del cielo
y el cielo tiró de la luz
y la luz de lo más negro
del silencio más silencioso
y sintético,
de la oscuridad más oscura,
negra y repetitiva.

Un hombre quedó inmóvil detenido en su salto de altura
y enfermó, como una foto
atacada por un satánico virus.
Quedó con su misma cara de esfuerzo,
pero su rictus se convirtió en dolor.
Cayeron sus células, sus defensas
y colores, sus cordones e instintos.
Todo en él murió
menos la vida misma.

La vida, no. La vida brotó
de sus propias entrañas, gateando,
escalándose por sus propias almenas,

haciéndose fiera,
rebotando, aromática y abrupta,
crecida, desnivelada y enhiesta,
con todos los martillos al galope
y los espolones abiertos dispuesta, titánicamente,
a no dejarse morir.

Sonó un instante. Después un segundo.
Después
la vida siguió.

Escucha atentamente, lector:
el ruido del filo y el corte,
con su uña rasgada, cristal,
su intensidad en la carne, lector,
escucha
la profunda colmena desde aquí
y el espacio abierto.

Te envío desde aquí
el rumor emparrado,
la memoria lacerada y paciente
de aquéllos que sufren
en blanco aquí
aéreamente suspendidos de sí.

Despliego su presencia así, delante,
abierta, doliente,
batiente, ácrona y limpia,
como una esperanza alta y dilatada.

Que de esta enfermedad, del vacío
de estos pasillos
de este blanco recinto alfiler
te llegue la continuación
antes y después,
la sensación de vida, el rojo sosiego
después de la ablación,
la rotura verbal por fin,
término del término, final de la conciencia,
instante,
continuación y salida.

Escucha el cese del hiriente pecho
con su semántico desorden
por fin
el Tiempo definitivo
y eterno

también.

A ti electrón del calcio,
materia, hueso y sol.

A ti real realidad viva
entre el máximo todo
y la nada total en movimiento,
eternamente creciendo
y decreciendo,
explotándote
elíptica y circular.

A ti energía,
máxima frecuencia de lentísima velocidad,
infinito universo de lo desconocido,
hecho y por hacer.

A ti,
que te calculaste sin tiempo,
movimiento, y
confusamente
ya,
apareciste,
dios de la vida,
inabarcable y esplendoroso
como una conciencia superior

a ti,
a ti.

Son las tres y observo el campo.
Me pregunto si su sentido
es tan sólo ser.
Acequia, ribera y montaña,
dilatada somnolencia
y dulce canalicular.

Cuerdas internas por dentro
me van tensando el alma
lanzándome a las tres y cinco
eléctricamente hacia delante.
Un metódico berbikí racional
me hace preguntar al Tajo por su forma,
descomponer la realidad
en múltiples fragmentos,
convirtiéndola en enigma
y tiempo,

Pero el Tajo no responde
y el agua fluye;
respira la tierra sus colores,
y el paisaje persiste,
ajeno a cualquier interpretación.
El mismo de los árabes y romanos,
igual al de antes y después,
pura realidad y pura idea,
sensación y concepto,
simultáneamente,
casi irrealidad.
Son las tres y diez
y ya desisto
del punto infinito, cerca del lleno-vacío,
redondo, angular y completo,
sin explicación.

Me pongo a cuatro patas y ladro.
Nadie en Pastrana comprende
mi gran equivocación.

A mil vientos,
a cien distancias por segundo, brutalmente,
a todo gas,
protones resonantes, canales tónicos,
máquina molecular del hombre vivo,
sinapsis y dendritas de su mente,
a toda máquina
hacia delante.

Químico mediador de las pasiones,
red neuronal, rojo transmisor
del electrón formando conceptos,
adelante,
cardíaca conducción y memoria
transformando la energía en intención.

A todo galope.
Sin vacilación.
Al alto gas de altísima velocidad.
Móntate en tus moléculas,
y agarrado al punto más alto
de tu más alta imaginación,

cambia la energía en ideas,
el fósforo en matemático diseño,
la luz en esperanza
y la palabra

en verdad.

Ser aquí,
así,
de arriba abajo,
desde la frente al fondo torácico
de las colmenas más internas,
de adelante atrás,
hasta la alfabética letra final,
ser.

Porque un día te mezclan la saliva
con pus
y otro los electrones del pensamiento
con sogas ácidas, con maromas hirientes,
te pisan, te insultan tus células
más creíbles,
te quitan la verdad del aire
que tú más consideras.

Y tú entonces te sientes perdido,
ignorado de muerte extranjera,
condenado a tener que hablar
a solas
con los insectos de tu habitación.
No te comprende ni la luz,
no te hace caso ni el hemicuerpo izquierdo
donde guardas el corazón y el dinero.

Pero eres.
Casi a pesar tuyo, pero eres
tú.
Desde la raya del pelo
al principio del tendón,
tú en cuerpo y sombra,
en memoria y latido, estructura
y revulsión. Te reconoces.
Distingues tu ser biográfico,
tus uñas y tu fantasía.

Hablas y te escuchas
aunque ya las moscas tampoco te hagan caso.
Te miras en el cristal y te ves.
Eres.

Y esta sensación es única,
instantánea, propia e inimitable.
Nadie puede controlarla sino tú.
Nadie sentirla por ti.

Abre pues tu ventana y grita,
tira al aire el plato y la comida,
no te importe ni la multa.

Si dicen que estás loco la gente,
no hagas caso.

Estás loco solamente tú
y nadie más. Por eso gritas.
Por tu propia fiebre
personal. De ser.

El ritmo rumoroso,
el sonido cadencioso
del aire,
la enramada y verdosa,
la arboleda frondosa

y el agua,

materia sublimada,
convertida en palabra
y espacio interior.

Una calle lisa
se desliza en sí,
hacia dentro
sin inclinación.

Yo comía los más antiguos limones,
las más desgastadas frutas
con el óxido del cuchillo.
Hablaba a las esquinas desde lejos
casi fuera del tiempo,
dialogaba con las tapias más solitarias
barbeándolas hundido en mí
como me enseñaron los desamparados.
Pero no podía dejar de mirar
atónito
y embelesado, casi por instinto,
la textura de la luz.
La mansión entera del propio vacío,
la hueca presencia del espacio,
transformada en distancia,
la quieta humedad incluso,
todo me lanzaba más allá de mí,
al electrónico giro de cibernéticas moléculas,
a la furiosa energía de electromagnéticas ondas
convirtiéndose en materia
y vida.

Y así, en silencio,
intercambiábamos religiosamente
con los ojos entreabiertos
enigmática información
sobre subpartículas y procesos,
y sin saberlo,
atómicamente
como los bichos

nos entendíamos.

Si hablo del tronco roto,
sin corteza,
con la duración perdida,
caído en la grava,
tú te lo imaginas y lo ves.

No soy yo quien te habla
sino breves grafismos
en la espalda de un papel,
y sin embargo sientes la gota azul
que te cuento,
cayendo transparente
por un cristal interior.
A pesar de la distancia
resbala por tu retina,
la percibes y la ves.

Igual ya estaré muerto
cuando leas estas letras,
amigo lector,
pero si te pido que tragues
y tragas
tragarás como Wagner y Platón,
con los mismos nervios y tendones,
neurologicamente
con los mismos sistemas.

Extraños hilos ribonucleicos
nos unen a través del tiempo.
Somos agua como el primario mar
y lo seguimos siendo,
orgánico carbono como plantas imperecederas;
sodio y cloro, vestigios minerales
de salinas primigénicas,
calcio animal mantenido,
mamíferos, carnívoros y poetas.

Si somos pues polvo de estrellas,
bacteria, pez y trepador,
si somos tú y yo, lector,
mono, hombre y soñador,
déjame que me comporte mal
como un buen depredador,
ábrete la camisa
y como Guillermo Tell,
con su misma violencia,

déjame
que te parta el corazón.

Si levanto los ojos al cielo
e intento pensar,
siento terror.
La noche inmensa
suspendida en la cabeza
se vuelve enigma negro
y me aplasta contra el suelo.
Sus cálculos y ecuaciones
se deslizan como un cuchillo incomprensible
bajo la piel.
Una bocanada de infinito vacío,
como una gran pregunta sin respuesta
con una luz en el centro
invade la razón.

Si cierro los ojos
y me miro el intracuerpo,
las membranas y neuronas, las fascias
y tendones,
si recorro mis circuitos y saludo a mis fantasmas
si me agarro por dentro
y me pregunto qué tipo de estructura viva soy,
quién es éste dónde estoy montado,
también tengo terror.
Respiro, lato y sudo
pero no sé muy bien por qué,
quién controla mis riñones,
mis músculos quién los repara, mis huesos,
mi alma, quién los cicatriza
cuando se rompen.

Pero de pronto se detiene el mar
y suena un girasol.
No sé bien por qué pero lo siento.
Y siento universalmente de golpe
todos los aleros de todas las casas
del mundo,
así, de improviso, como un gran monarca
inmobiliario, siento la presencia de golpe
de todos los desamparados, así, en un puño,
sin el menor esfuerzo, las nubes y las estrellas,
la soledad de la luna,
hasta la velocidad de la misma sangre,

y también me siento. Me siento yo, aquí y ahora,
uno más entre todos, consciente y sereno,
dueño de mi propia vida,
capaz de elegirme y de elegir.

Si pienso el universo
el universo me aplasta.
Si lo siento
me consuela.

Luz radial del alma estrellada,
enramada solitaria
silencio internal.
Microscópico lenguaje
de la energía convertida en materia,
órgano y sentido,
partícula elemental.

Visión, isla de luz
en el mar de la oscuridad,
espigón del desierto negro,
percepción y claridad.
Líquida umbría, celular cabida,
oceánico jardín retiniano,
tierra occipital
de la forma y el color.

Espacio de la memoria iluminada,
oxigenada dimensión donde circula el alma,
cerebralmente, en sinápticos círculos eléctricos,
con un fenomenal lenguaje químico
de moléculas y receptores.

Que salte pues la mar d'Eritrea
y revienten hasta el fondo
todas las naranjas de Durcal,
que se llene de gozo todo el fondo del cristal,
que suelten sus raíces las gargantas
y luzca el sol.
Hoy por fin
he comprendido que
veo.

Ha llegado Septiembre
al alma de las hojas.
Llueve sin llover en el jardín;
todo late y respira,
todo se detiene y concentra,
matemática luz en la sombra,
claridad en acción.

Los árboles impasibles
sujetan el cielo
pensativamente
con su atómica estructura
de madera y viento.

Aire y oscuridad, día vencido,
yo desplazo mi existencia
paso a paso,
por el tiempo del Retiro.
Va conmigo mi querido silencio,
mordiéndome por dentro,
sabiamente
como un buen perro amigo.

La alfabética estructura
de una intuición de vida plena,
me ampara,
línea cordal,
fuente de lino.
El rumor de una reticular conciencia,
fuente carismal del aire,
dulce furtivo clamor de tierra
y eléctricas membranas,
me arrastra hacia las grandes esferas
del sentido
y los altos volúmenes de la imaginación.

Ha llegado Septiembre
y llueve sin llover
en el parque del Retiro.
Cojo un papel y escribo:
Un parque así,
tan instantáneo y llovido
sin llover, tan real,
bien se merece un Dios,
fuerte y generoso,

casi divino.

D
ecían que por ser humano
llevaba dentro de sí
las raíces de la tierra
y en su sangre primate
la audacia del metal,
el fósforo nocturno,
brillante y rojo,
el calcio disuelto
de las más feroces piedras.

Como buen depredador
reconocía la violencia de sus dientes
y la realidad de su existencia animalmente
como las fieras reconocen su instinto,
transformando la carnívora grasa
y el cobre de las presas
en membrana celular, glucosa
y vida.

Después aprendió a transformar el aullido
en grito,
a expresar su dolor con palabras
ya que se había instruido largamente en los árboles
sobre la noche y el miedo.
Así fue descubriendo el mundo
pieza a pieza, registrándolo,
volviéndolo concepto
en su particular memoria fonética.
Definió primero el hambre y después
la sed. Enseguida la madera y el fuego,
la sangre y el hacha, el esperma y el cincel.

Un día halló la palabra «por qué»
y todo desde entonces se volvió cuestión.
Cuestionó la luz y la pérdida del sol,

la muerte de los pájaros, la distancia
y el horror. Hizo cuestión de su vida
y su vida se convirtió en cuestión.

Ese día se supo hombre,
y el mundo, ese día,

empezó.

Es lunes dos de noviembre
y hoy me siento el alma.
Soy éste que soy; me siento yo vivo,
ahora y aquí,
volando por encima de la ropa,
atacando mi sombra,
saltando por encima de mí,

Hoy lunes dos de noviembre del 92
me he arrancado el candado del ojo,
y he visto mi vida por dentro,
las cuerdas de mi cerebro
volviendo el mundo interpretación,
he visto mi razón cardíaca
a través del cristalino,
sujetándome el oxígeno a los bronquios,
tensándome los nervios,
y he comprendido
que soy.

Sentado en mi conciencia
he contemplado mi tierra de adentro,
girando por sus espacios
un extraño espíritu de calambre y desasosiego,
he reconocido su eléctrica materia
y el sonido de su leche
en la rabia de mis huesos.

Sé que el número no existe,
sino su definición.
Tampoco el color,
ya que es pura sensación
y palabra. Comprendo que la distancia
no significa más que un acuerdo amistoso
de mis neuronas y circuitos.
Pero hoy quiero llegar a la Luna, lo siento,

al total Caribe y al volumen que me invento.
Es igual. No importa que el mundo exista
porque yo lo invento,
receptor instantáneo y solitario
de una supuesta realidad. Qué más da.

Hoy dos de noviembre
quiero volar, salir por la pluma hacia
ti, lector,
y recorrer contigo todos los libros
de adelante atrás,
como una sensación azul y absoluta que
juntos
nos hubiéramos inventado.

Una brisa recorre la Fuenfría
y sopla hacia Madrid.
Lunes dos de noviembre,
dame la mano,

ven por aquí.

De pronto el reloj se paró
y el tiempo se detuvo.
Quedaron fijas las manillas
y el tiempo desapareció.
Se esfumó de golpe la ficción
de su numérica existencia.
El tres y el cinco me miraban con terror,
en blanco, sin aliento,
paralizados.

Un águila sin embargo cruzaba
un magnético campo azul
casi inmóvil,
sujeta por su vuelo.
Mi pulso duraba en el vientre de mi mano,
cardíaco en sus latidos,
devoto de vida,
sin dueño.
Duraba el Mojón Blanco y todo Jaén,
su distancia y fosfatos,
el lomo de sus moscas
e imantación.

El piel roja oculto
que siempre llevo a mi lado,
cuidaba sanguinariamente el olivo de muerte
que lentamente crecía en mí.
Miré sus hojas y las vi brutalmente bellas,
llenas de sangre roja y brillante
que me pertenecía. Me vi por dentro
lleno de barcos veloces, musculares montañas,
y electricidad.
Observé rabioso de gozo mis bacterias internas
grandes como lagartos, tozudas de vida,
mis lagos memoriales
con su viento y azúcar,
permaneciendo.

Parecía que de pronto no existiese
tiempo ninguno
y todo fuera duración,
todo uno y en continuo movimiento,
transformándose eternamente en sí mismo
desde nunca y hasta siempre

sin principio ni final.

Una vez examinada mi tasa diaria de vacío,
como en todos los vacíos de todos los días,
me he preguntado qué pinto yo aquí
debajo de esta calva,
de pie sobre estos zapatos,
en los suburbios de esta galaxia.

Me he mirado al espejo y he respondido:
no sé.

A través de la ventana pasa un hombre
y lo veo.

La energía del azúcar y el metabolismo del pan
se han transformado en hombre dentro,
en presencia cerebral.

Aparece en mi volumen interno
y en él se hace real.

Le hablo desde mí, con los labios apretados,
con un lenguaje callado
hermético
como el silencio mismo.

Yo sé que la grasa de foca y león,
que llevo históricamente dentro de mí
como un simio

me permiten este ejercicio neuronal.

Los aminoácidos de mi dieta estricta
de depredador mediterráneo
favorecen esta calcarina visión,

la hunden en mí memoria
y la trasladan a otro tiempo
en que yo era joven y mejor.

Después la vuelvo concepto,
la cambio en fantasía, semántico vericuetto,
le agrego mentalmente un caballo rojo
y la suelto al turbio lenguaje
de la nada y el revés.

Así, hoy, la frágil materia que soy,
ha interpretado un instante del tiempo
frente a una ventana
y lo ha lanzado al aire
para que tú lo leas.

La verdad es que no lo entiendo.
Voy por ejemplo al parque en primavera
y ni poniéndome en poeta
comprendo el lenguaje de las flores.

Me siento en un banco y observo atentamente.
Mi visión me pertenece. Lo sé.
Comprendo perfectamente que la interpretación
del mundo que me rodea
soy yo
y que éste mi punto de vista
del mundo que vivo
nadie lo volverá a tener. Es mío e irrepetible.
Pero no lo entiendo.
El aire se me escapa. No lo acabo de entender.
Se guarda el oxígeno. Se vuela
si quiero atraparlo entre los dedos.

A veces intento hablar conmigo en confianza,
de tú a tú, para darme una explicación
sobre mi sentido aquí en este planeta
y poner en claro nuestras relaciones,
pero el pensamiento se me ilumina
de contrarios sin resolver.
Me digo que como crucigrama biológico que soy,
sólo puedo expresar desde el cerebro a la lengua
mi contradicción de primate y soñador,
pero las palabras me huyen, también se vuelan
o se mueren en los dedos
y quedo callado, hablando hacia dentro,
un mundo que yo mismo no entiendo,
como un nudo silencioso de matemática precisión.

Me pregunto si no sé lo que siento
o si lo que siento no se puede expresar
porque pertenece a la tierra, a los cielos

o quizás a los dioses
y es casi pecado hablar de ello.

Me pregunto si no lo entiendo
porque no es materia lógica la vida
ni la esencia de las cosas
ni el contenido real de las ideas.
Me digo que sólo se comprende el amor
y la sed, la pasión y la ira
porque nacen ya comprendidos
desde muy adentro.
Pero sigo sin entenderlo.

Y me voy por el parque arrastrando los pies
de soledad y dolor,
con un casquete frío y hermético de cielo negro
puesto sobre la cabeza.

Y sin embargo por la mañana me acerco
al más desamparado de los enfermos terminales
y a éste sí le entiendo.
Pues, definitivamente, no lo entiendo.

Soy porque me siento ser
y mi evidencia soy yo.
Soy porque necesito ser.

Ando y el sonido de mis pasos
repercute en mi cerebro
con un ruido talonario
que me pertenece.
De hecho ando y demuestro
que soy capaz de moverme
como ése que creo ser yo.
Pienso y me salen en las ideas fieras
árboles y territorios que reconozco como míos.

Yo voy con mi pijama color carne
como un bulto sospechoso que hace
suyos mis pensamientos.
Alguien de vez en cuando me saluda
por encima del asfalto.
Supongo que me identifica conmigo
o con alguien que cree ser yo.
A veces respondo desde mí,
a veces disimulo y me hago el otro,
ése que no soy pero llevo dentro,
como si fuera un sastre traicionero
que huyera de su y clientes.

Soy tan yo, dudo tan poco de ser,
me tiene la vida tan sujeto a mí,
que a veces, de noche, duermo
para no ser; llego al coma cartesianamente
y a la inconsciencia temeraria
del mutismo aquinético.

Pero es inútil, me despiertan
mis propios ronquidos, mis flemas

eructos, sibilancias y silbidos.
Mi propia orquesta celular, mi sangre
me despierta, mi bazo

para seguir siendo yo.

Hoy es Diciembre sin serlo,
hoy es noche de mañana,
hoy he matado a un reloj.

He detenido un instante
el tiempo con un cuchillo
en un punto de la luz.
Y he observado en la tierra detenida
el latente murmullo de su respiración,
la maraña de lagartos
de un color que interpreto como verde.
Reconozco en mi retina la eléctrica señal
del verde y en mi cerebro
una verde palabra con piel de lagarto.
Pero no estoy seguro.
Diciembre aún no ha llegado y ya está aquí.
Dudo de mí, de mis conos y bastones,
porque parece de noche y acaba de amanecer.

Después he escuchado el rumor del parque
y lo he sentido al revés,
como si lo oyera desde otro sitio,
en algún lugar de la memoria en blanco.
He tocado una piedra
y he notado el horror de la eterna Australia,
del pato sin alas
y el ruido de la palabra deformándose
en astillas.
He tenido miedo de mí,
por ser Diciembre sin serlo,
y tener que ver la certeza del mundo
a través de mí.

Sin embargo me llamo y contesto.
No tengo duda ninguna. Quien habla soy yo,
desde mis adentros,

y soy yo quien duda de mi percepción.
Yo soy mi realidad y mi vida.
Mi evidencia e interpretación,

Hoy es Diciembre sin serlo.
La culpa la tiene el reloj.

Primero le rompieron la palabra,
le pusieron clavos a las letras
y le segaron la voz.

Después el aire.
En mil trozos, como pudieron.
Casi sin hacer nada. Sin darse cuenta.
Tan sólo dejándole morir
de silencio.

Y fue así como quedó,
con las garganta hecha astillas,
hablando con las piedras y las nubes
a través de la piel.

Pero el tiempo no tenía prisa
cuando él nació
y él se sentía seguro viéndolo silbar
a su alrededor, instante a instante,
como un magnético lenguaje
de luz y calor.
Más allá de los grandes descensos de las temperaturas,
cuando el mundo parece que se nos va a escapar
de tanto sufrimiento,
todo permanecía quieto, inalterado,
en un electrónico silencio
de millones de años luz.

Una planta oscilaba
rompiendo en roto
la imaginación.
Una gota interminable
cruzaba sabiamente una línea irreal,

y el atómico ruido de la vida,
protón a protón, grito a grito,
le daba la sensación,
a pesar de su soledad

de haber comprendido.

Sé que ayer vivía
por la marca en la pared.
Hoy también sé que vivo
por ser éste que se siente ser.
Me toco las piernas y los brazos,
me paro el reloj por dentro,
cierro los ojos y observo.
Soy.

Siento que soy mi vida.
Soy mi definición.
Y ese instante que ahora vivo
es mío
porque yo soy él.

Si saco las migajas de mi vida al sol,
las reconozco como mías,
y al intentar ordenarlas
soy yo mismo el que distribuye cronológicamente
las fibras de mi carne
en el tiempo que he sido yo
viviendo en mí.

Pero basta con mirar por la ventana
para sentirme también algo muy distinto
que soy también sin serlo.
El calcio de esta piedra
lo llevo disuelto en la sangre
unido a las proteínas,
con el sodio y el cloro
de las aguas del mar.
Transporto los minerales del suelo,
de forma consciente, en forma de palabra celular,
convertida en concepto,
y puedo transformar el fósforo en idea,
en pulsión y adelantamiento,

la glucosa en historia, la creatina en acción,
en memoria consciente de carnívoro soñador.

Y entonces me siento rama y espacio,
agua, barro y depredador,
hombre, linterna y calor.

Entonces, yo no sé lo que me pasa,
pero siento que pertenezco a todo,
que todo y yo somos lo mismo

y realmente no soy yo.

Algún día
por alguno de estos rayos
voy a salir.
Por el filo de la luz,
en el lomo de una llama,
transformado en energía
voy a escapar.

Y este hueco que tengo dentro
que no se calma jamás,
esa astilla clavada hacia dentro
que me pide más y más,
arderán conmigo.
Hacia una gran aventura
de protones y ecuaciones
de altísima velocidad,
hacia el matemático fragor de lo desconocido
y la más ardiente trigonometría
de la radiación.

Irán los glóbulos uno a uno,
rojos, sí, pero pálidos
por estar muertos,
en collares y sortijas
hacia lo alto,
como unos sangrientos cabellos
transformados en humo y acción.
Detrás mis vísceras y cerebro
sonrientes como un niño
en medio de tanto calor,
deshaciéndose como un animal
en una hoguera.

Aquí quedará la huella de mi aliento
en algunas páginas que he visitado
transitoriamente,

mis subletras detrás de mí,
buscándome, como sastres,
mi furor de ser quizás
en alguna rama pisada por inadvertencia.
Aquí quedará Vallejo,
un instante de hombre más
entre los demás,
otro más
en la última transformación metabólica
de su conciencia.

Estoy de acuerdo.
Llegado el momento
quiero seguir el viaje
de la vida en movimiento,
volverme electricidad y espacio,
desnacer y subir muy alto,
sin pamplinas,
agarrado a los cojones del fuego.

Estaba un día junto a mí
observando
mi partícula de tiempo.
Una joven cercana
miraba por la ventana terminal
impasible,
más allá del sufrimiento.
Parecía formar parte del cuarto y la luz
en su blancura,
y transparencia.

Un árbol se inclinaba en la calle
como un animal de madera
movido por el viento.
Un perro vagaba a lo lejos
siguiendo su propia sombra.
Un tiempo inexistente sonó
infinitamente hacia dentro.

Una tierna calma llenaba el aire,
penetrando los objetos,
deteniendo los instantes
y el dolor.

Ni siquiera me moví.
Miré el horizonte sin ruido,
hablé para mí en silencio
y como no pude dejarle un trozo de mi vida
salí.

Un perro salió de la oscuridad,
y ladró al vacío.
La luz,
mientras,
seguía su imparable y eterno recorrido
por la retina de las fieras
y la vegetación.
La clorofila temblaba.
El fuego estaba ahí, delante,
encendido,
en las paredes y la cal,
ardiendo en el horizonte.
Oscurecía
pero la tierra seguía temblando
bajo los pies
como un pandero.

La magnética pulsión de los seres entre sí,
la irradiación de los objetos,
hablando a los sentidos, eléctricamente,
un esplendoroso lenguaje de claridad y movimiento,
me hacían sentir parte de un todo, global,
circular y magnético.
El agua, litúrgica y despiadada,
germinando flores y chatarra a mi alrededor,
empañando las semillas y cristales,
así me lo confirmaban.
Me sentía tripulante de una gigantesca nave de lava
vagando por el aire.
Mi corazón de hombre latía
gozoso de vida humana.

Primero sonó un disparo,
luego sonaron dos.
Ni ladró.

Se hizo el silencio.
Y un largo chorro de sangre
cubriendo la hierba y las hojas,
volvió la noche naufragio,
trayectoria sin rumbo,
sin sentido y sin razón.

Hoy llueve negro sobre Madrid
y el tiempo espera.
Hoy hace negro en Madrid
en los ojos y en el alma,
y las casas se han vuelto negras.

Nadie comprende por qué,
pero toda la ciudad se encuentra
universalmente triste
con una terrosa humedad de parabrasas
unánimemente
ensuciando el cristalino.

Y sin embargo hoy en Madrid
no sucede nada.
Sólo un poco de lluvia sucia
al atardecer.

Pero tú sin saber por qué
te encuentras triste por dentro,
sientes un negro latido de sangre
que se te agarra al cerebro
y proteicamente,
como un barco a pique
te hunde la emoción.
Es como un perro por dentro
que se hubiera instalado en ti
para comerte al amparo de la negra lluvia
el alma.
Como si ese caballo que te arrastra el galope
hacia delante
de pronto se hubiera vuelto melancólico
y buscara un sentido a sus cascos.

Y sin embargo en Madrid
hoy no sucede nada.

Sólo que la tristeza ha tomado la ciudad
como una epidemia de dolor,
Tú crees que agoniza el aire,
y que ha muerto la cinta métrica alrededor de ti.
Te miras los ojos y la cara en el espejo
y los ves tristes, sinceramente negros,
como todo tus nervios y receptores.
Pero no te sucede nada.
Llueve. Nada más.

Entonces
observas al que de verdad no tiene nada,
casi ni vida,
al que mira el cielo por la ventana
supinamente enfermo,
al que mira la lluvia
con la sabiduría de su equilibrio terminal
y sigue impasible la serena ley de la gravedad
en el curso de las gotas en el cristal
y te dices que, efectivamente
casi no sucede nada. Llueve. Nada más.

Un instante concluyó
y se convirtió en memoria.
Quedó agarrado a las membranas,
sujeto a mi vacío interior
con la punta de los dedos.
Pero al poco cayó sin un grito,
diluyéndose en mi tiempo interno.

Después vino más historia
de la que me pertenece.
Ni la recuerdo pero la llevo en mí,
metida en mis ejes más descriptivos
y subconscientes,
rodeando los circuitos
que he sido,
casi sin saberlo.

Por eso, supongo, se me escapa la vida dentro,
y el mundo se me vuelve enigmático,
hermético y en movimiento,
por eso se me escapa lo concreto,
jeroglíficamente,
a toda velocidad.

El sufrimiento, no. La miseria y el dolor
tampoco.
Los veo ahí, delante, densos y perfectos
en su desolación.
Llevan incluida su interpretación más exacta,
sus límites y horario,
su trayecto en la carne,
su calendario y su ruido
más humano y tisular.

A veces, me salgo de mí, y huyo muy lejos
para no verlos.

Pero los llevo dentro, en bloque,
y se explican a sí mismos,
atrapados en mi tiempo
sin contemplación.

Por eso, supongo, a veces intento
romperlos en pequeños fragmentos,
convertirlos en palabras
que me salen torcidas y convulsas
como la miel de la Alcarria en primavera.
No lo sé.
Pero así me adivino y sobrevivo.
Y comprendo algo. Sí.
Y veo. Sí. A veces, veo.
Una luz y un insecto,
un aire abierto
y al fondo, debatiéndose, caóticamente,
el equilibrio

y la paz.

Salir,
verlo así, a colmo y raudal,
a golpe de pasadizo,
con gozo animal
desde la luz al trepidante
movimiento de la nada.

Partir después otra vez,
asido a ti, sujeto por ti mismo,
partir, digo, en compañía superpuesta,
a la gran aventura
de lo desconocido.

Así todos los cordeles y riscos,
las calles de la enigmática maleza,
la razón y la más selecta parte
del alma, así,
el límite del equilibrio más perfecto,
a uña de caballo, salir.

Después tendrás hambre
y tu sed será castigada.
Pero habrás corregido la costura
de tu vida tejiéndose
como tú lo has querido.

Huir.

Subido a ti, montado en tu gozo
de ser vivo,
qué importa que claven las letras
de tu sombra
o te tuerzan la visión del horizonte,
qué más da, te digo, si eres tú
por fin,

salido de ti.

Libre.

Tres y cinco,
veinte de Diciembre del 92.
Un ciego
sentado bajo un árbol,
contempla la distancia
de su silencio
volviéndose duración.
Se sorprende de la persistencia de la vida
en él,
de su continuidad casi imparable
dentro de su oscuridad.

Un perro colateral,
instalado en el límite de su propio espacio
de ser vivo,
ocupándolo por entero,
observa jadeante el calor azul.

De pronto cayó una manzana
y reventó la luz del suelo,
explotando eléctricamente en la retina.

Pero nada cambió.
El ciego,
dueño de su oscuridad,
siguió desenroscando su tiempo
por dentro,
volviéndolo real.
El perro,
violetamente en blanco,
tan sólo entornó los rojos párpados,
atento a su baba y territorio,
caninamente concentrado en sí.

Yo sin embargo sentí
un vuelco newtoniano en el corazón.

Podía transformar esta física caída
en letra, signo y color,
sacarla del instante como una pulsación
de luz en acción,
hecha palabra.

Así que la agarré sangrante de color
y la lancé ingravidamente hacia lo alto,
camino de las señales y los hombres,
hacia otras latitudes,
fuera del tiempo.

Y ante mi sorpresa, voló. Sí.
A ras de tierra, como un fogonazo
a través del mes de Noviembre
hacia otras biografías.

Un perro salió de la oscuridad
y ladró a un bulto colgado de una viga
que resultó ser un hombre
despellejado.
Fuera sonaba a guerra yugoslava
y se llamaba Iván.

Una culebra en Jaén
tragaba impasible un ratón.
Una viga portuguesa cedía,
y la cubierta cayó.

Pero al mismo tiempo
las ventanas abiertas,
el mismo volumen de la miel,
la Alcarria entera en primavera,
hasta el aire olía a libertad.

Todo parecía superponerse y sumarse,
en uno mismo y todo distinto,
simultáneo y contradictorio,
caótico pero uniforme.

Como respondiendo a un plan genial
de una infinita realidad
en eterno cambio,
también la televisión se rompió,
posiblemente interceptada en vuelo
por una subpartícula con su misma astronomía.
Alguien dijo alguna palabra desde el fondo
a la izquierda, en algún lugar,
pero casi dio igual
porque no era un hombre transcendente
y casi no se le oyó,
ocupado como estaba en sus pellejos.
Dijo que a veces creía en Dios

y a veces no.

A veces en muchos y a veces sólo en dos. O tres.
Habló del hermetismo absoluto de todo lo vivo,
de su lenguaje móvil y cambiante
circulando a altísimas velocidades
por su impenetrable realidad,

Pero dio también igual
porque nadie le oyó
ni entendió.

Unos estaban contentos,
los otros, no.
Unos gordos y rollizos,
sonrientes y peludos.
Los otros, tampoco.

Cuando volvió la luz,
siguió la vida

y la televisión.

Ver la catástrofe hecha carne
y la carne agarrada a la vida
de un hombre terminal.
Ver ante ti la vida
convirtiéndose en muerte
subida a las piernas de un hombre
que te mira desde muy lejos.
Oler a dolor en los platos y cucharas,
en las uñas y en los pliegues de las camas
dobladas como corazones
cansados de sufrir.
Sentir cómo el aire se ha transformado en filo
y la navaja en materia
humana y terminal.
Tocar la piel de la vida
disfrazada de muerte concreta
mirándote impasible
antes de transformarse definitivamente
en fin concreto y real.
Andar casi entre hombres vivos
casi de puntillas
apartando con los pies los trozos de su historia
caídos por el suelo,
mirarles a la cara y no ver más que sus pupilas
llenas de recuerdos humanos
respondiendo débilmente a la luz.

Y sin embargo las puertas dan a otras puertas
que se abren a pasillos inmóviles
y funciona el reloj.
No sucede casi nada.
La muerte se repite con la misma regularidad
que la vida misma,
con idéntica fidelidad a las páginas de los libros,
idéntica terminología y consumación.
No sucede nada.

Todo queda después quieto y redondo
como en un principio,
dispuesto a seguir y empezar
con el mismo diseño molecular
genial y casi divino
en el crecimiento y la desolación.

Subidos a sus piernas,
altos, dignos y expectantes,
ellos lo comprenden.
Las palabras miedo, vergüenza y terror
las dicen los que tienen que perder.
Ellos miran por la ventana
la línea del horizonte rota por las casas
y se escriben a sí mismos
endofásicamente
una larga y bella carta
de sabiduría, esperanza
y amor.

El gato de Aranjuez,
teñido de rojo por el sol de Poniente,
parecía mirar el tiempo
desde nunca hacia dentro.

Sabiamente instalado en su ventana
como un pensador antiguo
de largos bigotes orientales,
me observaba escalar mis instantes uno a uno,
analizando grieta a grieta la pared,
gateando sobre mí.

No pienses tanto y escribe, Vallejo,
que te puedes volver tonto,
maulló el felino en japonés.
Háblales al oído, por derecho y al revés,
cuéntales lo tuyo, lo que tienes en las tripas,
como si fueran amigos de siempre,
engáñales si es preciso,
sedúceles.

Diles de las gentes de tu querida España,
de sus caras y zapatos,
cuéntales sus corazones,
háblales
de tu tiempo ahora,
sin olvidar a Aranjuez.

Que elijan de tu esqueleto
las tabas y peronés más sonoros.

Deja el rastro de tu vida
en la espalda del papel.

No seas «merluzo», Vallejo.
Sálvate.

Una rama se rompió de pronto
con sonido de mil novecientos
a las cuatro y cinco de la tarde.
El Tajo sonó a plantas verdes fluviales
cronométricamente
de diciembre del noventa y dos.
La tierra se convirtió persistentemente
en tierra relatada y trascendida,
proyectada hacia delante,
como una lanza de largo recorrido
en acción.

Y yo seguí volviendo a empezar
después de cada latido y dintel,
inspirando y viviendo mí espacio,
iniciándome con cada idea,
persistiendo, tiritando
de vida

después de cada letra

frente al gato de Aranjuez.

Ayer, sin saber por qué,
necesitaba escribir.
No comprendía bien qué me pasaba
pero lo quería decir
a alguien que me escuchara
y me explicara por qué
se me forma dentro como un nudo negro
que no es nudo ni está dentro
ni sé bien cómo decir.

Junté mis más bellas palabras,
bien limadas una a una, recortadas
y sueltas al mismo tiempo,
sonoras y con color.
Pero al leerlas
creí estarle hablando a una confitera.

Busqué después las más angustiadas,
agudas y lancinantes,
para quejarme sin saber muy bien de qué.
Pero al leerlas
tuve hasta miedo de mí,
ante tamaño infortunio y desolación.

Probé después diferentes estilos,
clásicos y vanguardistas,
románticos y surrealistas;
pasé de lo profundo a lo trivial,
me puse científico y supremo,
filosófico, ideológico y cultista,
llegué hasta lo pastoril.
Me harté de lo arcaico y lo ético
lo clínico y lo molecular.
Me harté hasta de mí.

Pero después de leerlo
me miré al espejo
y no me reconocí.

Un perro pequeño y feo, con la pata herida, me miró.
Parecía el más desdichado de todos los mortales
con un negro sufrimiento negro
doliéndolo por dentro de los ojos.

Entonces,
también sin saber por qué,
decidí callarme.

La autopsia no engaña.
Por dentro somos todos bastante parecidos.
El microscopio lo confirma
y la bioquímica lo corrobora.
El hígado de un pastor calabrés
y el de un mariscal inglés
son casi iguales
al de un pescador japonés o hawaiano.
El riñón del delincuente
se podría trasplantar quizás
al juez que le condena.
Y la inteligencia de cualquier «reventa»,
la gracia de cualquier pícaro
y el ingenio del estafador
se pueden comparar con los del mayor talento.

Todos somos bastante parecidos
y sin embargo todos muy diferentes.

Mientras unos se lamentan
de miserias e infortunios sin nombre,
de injusticias y desvelos,
otros trabajan y crean,
proyectan y resuelven,
pasan de la acción a la acción.
Unos preguntan
y otros responden.
Unos hacen de su dolor letra diaria y tema.
Otros, mientras, limpian los quirófanos
de sangre,
cuidan a los enfermos y a los desamparados.

Mientras unos se quejan de todo,
otros tienen demasiado careciendo casi de todo.
Unos andan catastróficamente,
lánguidos y apenados
en un mundo maldito y sin sentido.

Otros sin embargo
confían en el ser humano,
en su capacidad de escogerse entre lo mejor suyo,
revelarse día a día sobre sí, hacia adelante,
y construir lo mejor que saben
el mundo que les ha tocado.

Arriba el corazón y la alegría,
la rueda de la vida misma,
arriba la luz
los hombres todos de una vez,
arriba, arriba.

Que levanten el vuelo
por encima de su sombra,
que dejen sus huellas y zapatos,

y escapen
por sus redes y circuitos
adelante y lejos,
fuera y dentro, muy dentro,
mucho más allá.

Arriba el corazón y la vida,
la verdad y la inteligencia,
arriba la ilusión y el conocimiento,
arriba el hombre, bien arriba.

A veces desciendo de los árboles,
carnívoro y depredador,
con un martillo de mono y una aguja
para analizar el cerebro.
Dondequiera que golpeo suena a hombre,
saltan chispas topográficas,
suena la visión del espacio, la distancia,
el esquema corporal y el color.
La materia volátil de su cuerpo
se convierte de pronto
en función y alto sentido.

Alrededor se quiebran las líneas del mundo
se incrustan caóticamente en la piel,
explota la sangre.

Parece que la materia va a saltar
en sus más diabólicos enlaces,
víricamente
tomada al asalto.

Parece que, atrapado en negras horquillas,
el sol va a desaparecer.

Pero un rayo de astucia
ilumina la noche.

Hombres sin casco estudian el caos,
detienen los espejos,
diseñan la realidad.

Nace la esperanza. No puede ser.
No debe ser.

De la explosión inicial
que formó el universo,
llevo yo la marca
explotándome dentro
en el corazón.
Siento su energía y su fuego
sacudiéndome el alma
hasta casi hacerme dolor.

De los simios carniceros
que bajaron de los árboles
a inventar la astronomía,
llevo la huella dentro
arañándome en el pulso
y en la voz.
Por una interminable cadena
de moléculas, genes y electrones
llego cuando quiero
hasta el polvo estelar.
Y si me pongo a soñar
alcanzo sin esfuerzo en el tiempo
la célula germinal,
lipídica y membranosa
de la que procedo.

Calcio, granito, cielo y distancia,
alrededor,
fibrina, fósforo y protón,
materia volátil como una función
casi convertida en espíritu
altura e interpretación
de los hombres disponiendo sus trampas
para explicarse la vida y el mundo
más allá de una ecuación.

Soy explosión hecha vida,
algo que puedo medir atmosféricamente
de forma inteligente
por mi pulso y la historia
hecha biografía
que me ido contando
hacia mí.

Soy éste que ha ido descubriendo
el nombre de Dios
en las membras celulares y en la vida
que lo ha ido inventando
minuto a minuto,
en las plantas y montañas,
en los hombres y en las cosas,

como un piel roja solitario
colgado del vacío.

Se miró al espejo
y no se reconoció.
Se quiso tocar la cara
y no la encontró.
Quedó con el cepillo de dientes en la mano,
inmóvil,
hundido en un pijama sin dueño
de microscópicas rayas grises,
pensativo.

No comprendía por qué.
Era un ciudadano del siglo XX
que cumplía con su pis y su trabajo,
pagaba sus impuestos racionalmente,
y no bebía cerveza por no molestar.

Así que se puso el corazón de pollo
en su sitio,
se ajustó la calculadora a la axila
y tapado con su cuerpo, como una cremallera,
salió.

Buscó debajo de los bancos
y en las esquinas donde los hombres de bien
pierden las caras.
Recorrió la noche costilla a costilla,
miró en las alcantarillas,
y preguntó a los sabios perros vagabundos
que tanto saben de la anatomía.
Pero fue inútil.
Cuando se quiso tomar el pulso
y tampoco lo encontró,
tuvo terror de estar muerto
y no haberlo comprendido,
terror de ser otro sin saberlo,
tuvo terror de no ser.

Y entonces gritó, con todas sus fuerzas,
corriendo entre cadáveres urbanos vivos,
chocando con seres disfrazados de invisibles,
fieles a su ordenador.

Y huyó al campo buscando ayuda
pero el campo estaba sin tierra,
las flores rotas, y el cielo liso, sin grietas,
deshumanizado.

Se asomó a sí mismo, despavorido,
y tuvo vértigo, ante tanto vacío y soledad.
Y salió de nuevo. Volvió a salir,
pero esta vez de sí mismo, arrancándose la careta,
renunciando a su número civil, saltando
encima de su sombra, olvidándose de sí,
y yendo urgentemente en busca de otros hombres vivos
que le estaban esperando

y tanto le necesitaban.

Al primer rayo
sólo cerró los ojos.
Al segundo
cuando el árbol se partió,
se tapó la cabeza
y dijo ¡Dios!
Le salió de dentro
sin saber por qué,

Era creyente a su manera.
A veces creía con fuerza,
y a veces, sin saber por qué,
no.
Se decía por ejemplo: cómo es posible
que todo esto exista sin Dios,
cómo se explica el universo sin una causa,
el infinito sin Dios,
el tiempo sin punto cero
y el punto cero sin Dios.
Entonces
creía de verdad,
con el estómago y la vista,
con el fondo de su corazón más verdadero.
Y una sensación extraña
le llenaba por entero.

Pero pasaba antes o después,
y el concepto de Dios
se convertía en un espejismo semántico,
una realidad ficticia y tabulada,
producto del miedo
y la ignorancia.

Los niños enfermos muriendo de hambre,
la injusticia inmisericorde y salvaje
que gobernaba el mundo
tiránicamente,
le confirmaban el vacío del cielo
y el caos que sentía en él.

Un nuevo rayo cayó
y mató al caballo.
Entonces gritó despavorido.
Y gritó: ¡Dios !
Quiso rezar
y dijo de nuevo: ¡Dios !

Después la tormenta amainó
y lució el sol.
La vida entera lucía, como recién hecha,
exultante, recién concebida,
dispuesta perfecta en su sitio,
girando químicamente molécula a molécula
por su cuerpo intacto,
con sus plantas y estrellas.

El siguió a pie por el camino abajo,
contándose los huesos uno a uno
pensando... pensando.

La luna caída,
con su volumen azul disuelto,
su angustia latente
y el daño de sus aspas
ya no le importaba.
El largo descenso de la noche
hacia un infinito de dimensiones negras,
siempre en expansión hacia sí mismo,
cuyo peso incalculable,
aplastaba la conciencia contra el suelo,
tampoco.
Ni los iones brotando en la sangre
ni el misterio de las víboras más afiladas
ni los arrecifes más venenosos
ni incluso el vacío
con su enorme succión de altísima velocidad
le importaba ya.

Quedaba en la puerta de su casa,
incorporada al jardín,
detenida en el tiempo,
observando el espacio entero
a través de sus enormes ojos verdes
en un punto de su cerebro;
resumiendo ahí,
su vida entera.

Todo en síntesis y consciente,
ahí, girando dentro,
concentrado y resuelto
en instantánea unidad.

Ella, sola ante la noche entera,
amparada por la oscuridad y las plantas,
la humedad y las acequias.

Sí. No temía nada. Se había conseguido.

Definitivamente.

Estaba ahí, en paz con su existencia
contemplando el universo entero,
reduciéndolo sabiamente
a suprema captación mental,
integrándose en él.

Pasó un cometa, rápido como una idea veloz.

Una luz sonó a lo lejos.

Un perro ladró.

A la luz de un farol cordobés,
un día de abril, a las doce y quince,
tres mosquitos hablaban de sangre y malaria.
Su conversación silbante y picuda
se disolvía microscópicamente en el aire
brujo y sagaz
del Guadalquivir.
Formaban los tres como un mundo aparte,
irrepetible y único,
como una diminuta piña
de específica vida animal.
Los tres llevaban dentro,
incrustados en sus membranas,
virus infinitamente malignos
de exquisito lenguaje ribonucleico
y altísima peligrosidad.

Muy cerca, en plena oscuridad,
un vagabundo fumaba astrofísicamente,
mirando al cielo, embelesado,
soñando con imanes y galaxias.
Corrientes subparticulares, agujeros
y explosiones, mundos en formación,
nada escapaba a su evidencia fantástica,
y se sentía repleto, lleno de vida y certeza
cosmológica.
Por eso hablaba consigo y se entendía.
Por eso se creía feliz y respiraba satisfecho
como un astrónomo oriental.
A las doce y veinte sintió una picadura en el cuello.
No se inmutó.
Pero el virus quedó dentro
y empezó a multiplicarse con sintáctica precisión,
copando posiciones celulares clave,
anulando procesos, infiltrando tejidos,
sembrando destrucción.

Más allá, el mundo de la avispa,
los signos de la araña,
las palabras del ratón,
el reino de las bacterias y cometas,
en Córdoba a las doce y treintaiséis.
Todo simultáneo e independiente, girando
en mundos irrepitibles y propios.

Cayó enfermo a los pocos días,
andando por el campo, camino de nunca y de nada.
Se tumbó a la sombra con fiebre y soñó
minuto a minuto con su vida, con la luz del sol
y las fuentes frescas, también con un poco de amor
que algún día tuvo.
Después durmió.
Eran las cuatro y veinte y ya cerca de Sevilla.
Todo siguió igual con dialectos diferentes,

Pero algo así; a las doce y quince,
en Córdoba, nunca más se repitió.

Primero el resplandor intacto
de una ventana con luz.
Después un visillo azul que explica
incomprensiblemente
la historia de tu biografía,
una cuchara lúcida sobre un mantel;
blanca de recuerdos infantiles.

Entonces, miras la huella de tu sombra sobre el suelo,
te fijas bien el cráneo sobre el atlas
y piensas.

Pasan los días sobre tu memoria
incierta, oculta bajo la gabardina
como un trozo de pájaro casi inexistente.

Escuchas rumores de antaño,
percibes el tiempo pasado,
transportas en la retina antiguas palabras de pizarra
y números gastados.

Te sientes casi feliz y casi desgraciado
al mismo tiempo.

Pero en el fondo
no sabes casi qué te pasa,
no sabes expresarte, tiemblas
al verte disfrazado de ti
ante tanta miseria inventariada
a tu alrededor.

Después piensas que aún no hemos muertos todos
al cien por cien. Que algunos andan
con sus peldaños a cuestas y su voz sólida,
esperanzados,
hallando soluciones a preguntas no formuladas,
con la vida plenamente sintetizada
dentro de sí.

Después consideras la precisión del alfiler,
la plomada y el nivel,
lo cierto detrás de la duda,
la verdad exacta, sin lamento,
la lógica deducción del espacio dilatado,
la precisa angustia que se mete en el corazón
como un puñal
milimétricamente calculado.

Y te dan ganas de seguir así,
observando desde la oscuridad
el resplandor de la luz
a través del cristal

en el alma del mantel.

Aquí pasa algo
grande
me dijo un pastor en Jaén,
mirando a las estrellas.
Después calló.

Un vagabundo un día
creyó tocarse el alma en el costado
y sintió pavor.
¿Qué está pasando conmigo? gritó.
¿Será que he muerto de pobre
o me han vuelto del revés?
Se contó rápidamente los dedos.
Uno tras otro. Diez exactamente.
Como un rey.
Aquí pasa algo, se dijo.
No es posible y sí lo es .

Algo así pensó una embarazada
cuando sintió una patada por dentro
la primera vez.
Lo mismo que el japonés en Lourdes
cuando se pusieron sus ojos bien.
Algo pasa Yamamoto, le dijeron al volver,
tan oblicuo como eras,
y pareces de Jerez.

¡Pues claro que pasa, demonios,
dijo un sueco con gafitas
al determinar los genes
del murciélago maltés !
Y el cojo que perdió la bota
y el pie de la bota también,
para encontrar uno de repuesto más tarde,
pero del revés.

Lo mismo dijo un ciego
que murió de ciego,
después de operarle,
cuando empezaba a ver.

Aquí pasa algo
grande y tremendo,
casi inalcanzable
tan extraño como es.
Aquí pasa algo
dilatado y confuso, casi
infinito
y en continua explosión,
gritaron, todos por todos,
al unísono, cantando casi a coro,
embriagados de ignorancia
como estaban,
testigos de sí.

Pero la gracia de todo esto, dijeron,
es que no sabemos qué pasa

ni por qué.

Por fin, inesperadamente un día,
ante tanto sufrimiento y desolación,
se hizo la luz.
Giró el tiempo,
cambió la dirección de los astros,
y en un instante, casi como en un sueño,
se puso el mundo del revés,
derretido el sol, liquidada la materia,
y la vida dada la vuelta,
convertida en letras
para que nada siguiera sin explicación.

La esencia del carbón y el iodo, ahí,
abierta,
las células y membranas, ahí,
desplegadas como una flor clarísima,
la vida misma, su bioquímica y genética,
las fuerzas todas, agrupadas, dispuestas,
sintéticamente esclarecidas
y hermosísimamente expuestas
para que todos sin excepción,
hasta los chinos de ojos más diminutos y oblicuos
pudiesen verlas.

Ahora sí. Ahora todo quedaba bien claro,
del principio al final,
sin sombra de duda ni ocultación.
Ahí estaba todo, tal cual, sin fabulación.
Sólo se podía decir una cosa:
no tenía explicación.
Era como un rompecabezas móvil
de infinitas letras velocísimas
en continua transformación,

de muy distintos significados
según la puntuación y la lectura,
desde abajo o desde arriba, del derecho
o de través, signos circulares y sonoros,
prosodias compuestas, físicas e intuitivas,
mágicas incluso y con forma de ciempiés.
Se escapaban de los dedos, saltaban volumétricas,
crecían y morían, huían, se evaporaban de pronto
como si fueran pequeños mundos
en continua explosión.

¡Dios! dijeron los hombres peludos
y ¡dios! dijeron las fieras en todos los dialectos
de la tierra y la inspiración.

¡Dios, esto no hay quien lo entienda !;
¡Dios! ¡Dios! ¡Qué cabeza hay que tener
para comprender todo esto!

Y pensaban con tristeza: ¡qué pena!
¡Para qué habrá girado el tiempo
y puesto al mundo del revés!
¡Tan claro como estaba todo antes
cuando estaba tan oscuro !... ¡Dios!...¡Dios!

Anohecia.

El mar, alto y digno,
permanecía inmóvil frente a la tierra verde
recién cortada.

La piedra seguía allí, impertérrita,
en la cantábrica playa memorial
veinte años después;
allí mismo su pétreo contundencia,
su bulto verde
mirándome titánicamente
como un ojo ancestral.

El agua indivisa, las algas torturadas,
incluso los recuerdos
habían desaparecido.
Sólo quedaba la acción del tiempo
contra la noche más elemental.

No hizo casi resistencia.
La tiré con la fuerza
del hombre que, nacido sobre chinchetas,
se siente vivir animalmente
y quiere afirmarlo
rasgando la materia,
sacándole su ruido,
haciéndola gritar.

Reventó contra las rocas
como un nocturno estallido
de granito y agua.
Su pétreo evidencia acudió destrozada
a una cita consciente
conmigo.
Soltó hasta el último de sus transparentes secretos
mineralmente
en un aullido;

confesó su sonido intacto,
la acción de su electrónica presencia
convertida en ruido.

Después me escuché las manos,
repasé con gozo mis cicatrices,
sentí la vibración del agua luchando
contra el océano ,
el eco de la materia misma
volviéndose energía.

Si algún día, amigo lector,
perdidas en alguna biblioteca,
te encuentras con estas palabras,
reviéntalas tú también, ábrelas,
pártelas los huesos como si fueran piñones,
que suenen.

Esto que dicen es la acción de mi vida,
mi esencia de ser humano.

Soy esto. Cógelo. Agarra de este cabo y tira,
lector hazte mi amigo a distancia.

Después... cierra el libro... y rómpelo.

